

Soberanía de Estado o solidaridad mancomunada

Pierre Dardot, filósofo y Christian Laval, sociólogo

Dado que la muerte hoy en día está presente por todas partes, miramos esperanzados al Estado. En 1978-79, Foucault hablaba de *biopolítica*: a partir del siglo XVIII, el Estado moderno se reivindica como garante de la vida, otorgando vida y dejando morir, diferenciándose del antiguo soberano ungido del derecho brutal de dar la muerte. Poder de administración de la vida por encima del poder de disponer de la vida. Resulta que el pueblo se da cuenta hoy en día con cierto espanto del grado de imprevisión criminal de las autoridades políticas quienes, con motivo de ahorrar algunos centavos, presionados por Bercy [Ministerio de Finanzas francés] y la Corte de las Cuentas Públicas, acérrimos defensores de las normas europeas, ignoraron deliberadamente las advertencias de los investigadores en cuanto al riesgo de pandemia. En una primera instancia, el Estado ha expuesto a la infección a los trabajadores de la salud, a los trabajadores de lo cotidiano y a todos aquellos obligados a subir «al frente de la producción» sin máscaras, antes de exponer al conjunto de la población con el pretexto de que el uso de barbijos era imprescindible sólo para los trabajadores de la salud y los portadores del virus. El Estado neoliberal de estos últimos treinta o cuarenta años muestra de tal manera y en forma descarada su reverso *necro político*, retomando lo dicho por Achille Mbembe. Descubrimos que encarna una nueva forma de poder soberano de disponer de la vida. Se puede hablar de una exposición calculada a la muerte de segmentos enteros de la población, cínicamente librados al sacrificio en aras del máximo provecho y de la reducción de los costos.

En una entrevista publicada en *Le Monde* el 24 de marzo, G. Agamben se parapetó detrás del concepto de «conspiraciones por así decirlo objetivas», que no son «lideradas por un sujeto identificable», hasta referirse a Foucault para justificar aún más el hecho de haber hablado del «invento» de una epidemia. Si bien le debemos a este último el concepto de una estrategia «sin sujeto» o «sin estrategia», asimilar dicho concepto con la idea de una conspiración objetiva nos arrastra en una confusión cuanto menos extrema. Aquel lamentable conspiracionismo soslaya lo esencial: los gobernantes fueron por todo para incrementar artificialmente el peligro, pero a la inversa, para minimizar la amenaza. Debían rescatar a toda costa «la economía» por sobre la vida, y no «suspender la vida para protegerla», tal como lo asevera Agamben. El antiguo sustrato absolutista del estado vuelve a la superficie. Los neoliberales se apresuran en reclamar el regreso

del Estado cuando la economía capitalista se derrumba. No es una novedad. Los mismos se quejarán mañana del exceso de impuestos, cargas sociales, gastos públicos, deudas. Ya los hemos escuchado. La pregunta que se oculta apresuradamente es la siguiente: ¿de qué Estado estamos hablando cuando ponderamos su «regreso»? Pues, ¿quién nos puede decir qué Estado se está perfilando en la crisis pandémica que estamos atravesando? De esperar un fortalecimiento del Estado social que le permitiera cumplir con su misión de protección sanitaria, ¿no deberíamos preocuparnos al mismo tiempo del crecimiento del autoritarismo del mismo, que aflora en todas partes, y que puede aprovecharse de la catástrofe actual para burlarse de los derechos sociales y políticos así como de las libertades de la ciudadanía? A los enamorados amnésicos del Estado, les quisiéramos recordar: ¿Quién desmantelaba hasta ayer la organización de la atención hospitalaria en Francia? ¿Quién quería precarizar aún más la investigación académica y la enseñanza superior? ¿Quién imponía reformas del seguro social y del sistema previsional empobreciendo a los desempleados de hoy y a los jubilados de mañana? ¿Quién se reabastecía de cartuchos de LBD, de gases lacrimógenos y granadas tácticas en lugar de recomponer las reservas de barbijos? La respuesta es: el Estado, o mejor dicho, sus representantes figurados por los gobernantes, así como los parlamentarios y las instancias más altas e intermedias de la administración que acataron las medidas. Invocando al Estado cual una entidad metafísica protectora, una suerte de Padre político que nos libraría, pasamos por alto que es antes que nada una maquinaria administrativa hecha para dominar un pueblo nacional, dirigida e implementada por gobernantes que, ni bien asumen, se manejan a su antojo, o más bien cumplen con lo que el mundo dominado por la lógica del capital global les dicta. A la inversa, lo que espera el pueblo, es un Estado que incentive, coordine y financie la solidaridad, un Estado de los servicios públicos, un Estado que tome en cuenta los intereses vitales de la población, un Estado de ciudadanos para ciudadanos, un Estado de profesionales de la salud, de recolectores de residuos, de docentes, trabajadores sociales, un Estado que garantice el abastecimiento en alimentos, que cuide a los mayores, a la gente en situación de calle, a los más pobres y al número creciente de desempleados que están por llegar. Lo contrario del Estado neoliberal en definitiva. Sin embargo, lo que se avecina es un Estado autoritario pintado con colores nacionales, un Estado violento, liberticida, verticalizado al extremo, un Estado enfrentado con su población, contra los ciudadanos y sus derechos civiles, sociales y políticos. Basta con prestar atención a las palabras usadas por Macron, pero que podríamos encontrar en boca de otros dirigentes, para escuchar el eco de las palabras del Soberano con la espada en mano llamando a los profesionales de la salud y demás trabajadores a

sacrificarse por la patria en la «guerra contra el virus», haciendo de los profesionales de la salud héroes a la vez que se demuestra un desprecio de lo más cínico en cuanto al verdadero sentido de su trabajo. Abundan los motivos para temer, a la par de François Sureau, que las «circunstancias excepcionales» sean, así como lo fuera ayer la «guerra contra el terrorismo», el pretexto para limitar nuestras libertades, acrecentar el control sobre los individuos, deteriorar en forma duradera el derecho laboral. Bastará con que, una vez más, sumen al derecho común las normativas derogatorias del «estado de urgencia sanitaria», cuya ley orgánica violó la constitución... ¡con el beneplácito del Consejo Constitucional! No deja de ser asombroso advertir que el primer reflejo de dirigentes del Estado, en vez de prolongar el impulso de solidaridad y basarse en el sentido social más básico, haya sido el de apelar a los métodos más punitivos, imponiendo multas a mansalva, amenazando con prisión, sin que se les mueva el pulso a la hora de echar la culpa a los franceses por salir a los parques públicos el día de los comicios municipales. Se comentó que semejante celeridad en cuanto a implementar soberanía de seguridad tenía como objetivo encubrir las pavorosas deficiencias del Estado en materia de salud. Es cierto, sin embargo hay más. El Estado republicano, el Estado social o el Estado educativo son formas políticas que existieron, que persisten aún en forma debilitada, pero que nunca han borrado el principio de la soberanía, o por decirlo a la manera de los antiguos juristas, el principio de la dominación suprema del Estado sobre sus sujetos. El antiguo Estado absolutista sigue estando en vigencia en los ministerios, en las sedes provinciales del Estado y en las comisarías. Y este principio es aquel que reaparece a cada crisis con tanta naturalidad. Cualquier jefe de Estado, aun aquellos con menos protagonismo, revisten los atuendos de un mariscal de la Primera Guerra Mundial, cuando no de un dictador, así como lo hizo el siniestro Viktor Orban, quién acaba de derogar de un plumazo las garantías democráticas más elementales, otorgándose los plenos poderes por un tiempo ilimitado.

El fracaso del Estado soberano

El principio de soberanía del Estado, conforme se ha elaborado en los siglos, presenta dos facetas indisociables: su faceta interna, la dominación del pueblo, su faceta externa, la defensa del «interés de la nación» y de ser necesario, mediante una guerra con otros Estados. Pero ¿cómo podemos entenderlo hoy? En su discurso del 31 de marzo, Macron afirma «reconstruir nuestra soberanía nacional y europea», añadiendo enseguida: «hemos iniciado [este proceso] previo a la crisis implementando reformas que permiten a nuestro país seguir siendo competitivo». En otras palabras: lo hicimos a través de reformas neoliberales (y en especial «el choque de

competitividad» que otorga millonarios beneficios fiscales a las empresas). Esta confesión nos aclara en cuanto a la «relocalización» anunciada de la producción de insumos y equipamientos de salud. El término es hasta engañoso. Puede remitir a la prioridad concreta otorgada a los circuitos cortos en materia de producción/consumo en pos de reducir la huella ecológica y favorecer el control de la ciudadanía en cuanto a la finalidad de la producción, o sea, la satisfacción de las necesidades. Pero puede remitir asimismo a la creación de condiciones óptimas en el marco de la guerra económica internacional. Sanofi anunció ya el regreso en el territorio francés de algunas de sus unidades de producción. Puntualmente, a eso se refiere la soberanía proclamada por Macron: las grandes empresas privadas deben producir en el territorio francés, el Estado debe garantizarles las condiciones de competitividad a nivel internacional. El que avisa no traiciona... El día del «después» se parecerá al día del «antes», con la salvedad de que la competencia será aún más despiadada. Las argucias del debate político, la obsesión “macroniana” por imponer la reforma previsional pero sobre todo la mente limitada de la burocracia estatal han impedido vislumbrar la imperiosa necesidad de prepararse cuanto antes y con todo el empeño posible para evitar la hecatombe. Sin embargo, la OMS había emitido muy tempranamente comunicados acerca de la gravedad y del carácter mundial de la pandemia. Aún hoy en día, el nacionalismo de los Estados impide la implementación de un verdadero directorio sanitario mundial de emergencia. Cada país enfrenta la pandemia en soledad, como si hubiese 197 epidemias nacionales. Para peor, los países más ricos con los Estados Unidos al frente (América first!) se metieron en una lucha contra los demás para hacerse con las producciones disponibles de barbijos, de pruebas, de respiradores. Volvimos a los tiempos de los corsarios. Que un Macron haya podido retener mediante un decreto de embargo 4 millones de barbijos de una multinacional sueca por un mes (del 3 de marzo hasta el 4 de abril), cuando la mitad tenía como destino España e Italia, países duramente castigados por la pandemia, habla mucho del bandolerismo de Estado. La UE muestra una imagen lamentable, desgarrada por sus conflictos que impulsan egoísmos nacionales: cierre de fronteras, políticas de otros miembros denostadas, y sobre todo multiplicidad de estrategias contradictorias, como si la «victoria» en la «guerra» contra el virus mundial sólo pudiera ser nacional. Y mucho se podría comentar acerca de la ausencia de respuesta coordinada en cuanto al derrumbe económico que acecha a todos los países europeos sin excepción. Ni bien se habló de mutualizar las deudas (los «coronabonds»), se pudo presenciar como en los mejores tiempos del aplastamiento de Grecia por parte de la Troïka, toda la arrogancia indecente de los países del norte europeo, los Países Bajos y Alemania a la cabeza, para con los países del sur de Europa acusados de incurrir en gastos

abusivos, mientras que al mismo tiempo en Milán o en Madrid, las morgues improvisadas se llenaban de féretros. Cae el velo. La soberanía del Estado nación es el vector imprescindible de la competencia de los Estados entre sí mediante la creación de las mejores condiciones con tal de agilizar los flujos transfronterizos de capitales. La construcción de la UE se funda en dicha competencia y su propia existencia está puesta en jaque hoy en día por un impiadoso coletazo de la misma. Siguiendo el ejemplo de Foucault, tendemos demasiado a oponer la soberanía del estado con la racionalidad económica.

Lo cierto es que la soberanía no desaparece al hacerse cargo de aquella racionalidad. La protección del capital global pasa a ser la nueva razón de Estado. A la fórmula del 31 de marzo: «soberanía y solidaridad», nueva variante del «al mismo tiempo» macroniano, sólo se le puede contraponer la alternativa siguiente: «soberanía de Estado o solidaridad mancomunada».

Pierre Dardot, filósofo, investigador en el Sophiapol, Universidad Paris-Nanterre.

Christian Laval, profesor emérito de sociología, miembro del Sophiapol, Universidad Paris-Nanterre.

Co-animadores del Grupo de estudios sobre el neoliberalismo y las alternativas (GENA)

Traducción del francés por Gianfranco Cattaneo y Eduardo Bernasconi

Supervisión de traducción Hervé Fodor

Corrección de texto Stella Ocampo